

Martín Almagro Basch:
*Prehistoria del Norte de África y
del Sáhara Español. Consejo
Superior de Investigaciones
Científicas, Instituto de Estudios
Africanos. Barcelona, 1946.*

Autor:
Menghin, O. F. A.

Revista:
Cuadernos de Historia de España

1949, XI, 166-169



Artículo

BIBLIOGRAFÍA

MARTÍN ALMAGRO BASCH: *Prehistoria del Norte de Africa y del Sáhara Español*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto de Estudios Africanos. Barcelona 1946. 4º, 302 páginas, 261 figuras.

Desde hace más de treinta años, España experimenta un extraordinario florecimiento de los estudios prehistóricos. La guerra civil interrumpió pero no llegó a anular tales actividades; vemos más bien un movimiento ascendente en los últimos tiempos. Una muestra evidente, es la preocupación actual de los prehistoriadores del país, que dirigen ahora sus actividades hacia la exploración del Sáhara español, tierra desconocida arqueológicamente hasta hace poco. Martínez Santa Olalla ha publicado un hermoso tomo, conteniendo láminas con materiales de esta región; falta aún dar a conocer el texto correspondiente; Almagro Basch nos brinda un excelente libro de conjunto, que no se limita a la exposición de sus propios descubrimientos, sino que en su primera parte se ocupa de la entera prehistoria del África septentrional, incluso Egipto. Esta introducción tiene, según el autor, por objeto servir como orientación « a cuantos andan por el desierto, procurando así darles una breve idea de la evolución y del estado actual de nuestros conocimientos sobre las culturas que se sucedieron en la Prehistoria norteafricana ». Pero es mucho más consistente, es una de las explicaciones más sustanciales del tema que poseemos, indispensable para el especialista. Al lado de este trabajo figura como compilación moderna y muy práctica sólo la disertación de F. R. Wulsin: *The Prehistoric Archeology, of North West Africa, Papers of the Peabody Museum of American Anthropology*, Harward University, XIX/1, 1941, de que no tuvo al conocimiento Almagro.

El primer capítulo del libro de este último ofrece un sucinto tratado del cuaternario en el Norte de África, con un párrafo especial sobre el África española. Los tres capítulos siguientes se refieren a la arqueología del Paleolítico inferior y superior, y a la del Neolítico. El autor ventila en ellos las distintas controversias, que se vinculan al desarrollo del Paleolítico norteafricano, particularmente la cuestión de la supervivencia del Paleolítico antiguo durante tiempos posteriores, y los comienzos del Capsiense. Es penoso

que no haya aparecido a tiempo la publicación de Miss Caton-Thompson sobre el Aterriense, la cual brinda una solución perfecta de muchos problemas cronológicos del Paleolítico sahariano en base a trabajos estratigráficos. Lagunas en las investigaciones originan muchas inseguridades para nuestro juicio sobre el Neolítico del África septentrional. En mi opinión se exagera en general demasiado su edad. Es cierto, hoy, que el primer rey histórico de Egipto, Menes, no vivió antes del año 3000. Por consiguiente, no hay ninguna causa para datar las más antiguas culturas neolíticas de Egipto que conocemos, mucho antes del año 4000 a. J. C. La fecha aceptada por Almagro — 5200 a. J. C. — no me parece fundada. Tiene razón, sin embargo, si por lo que hace a las relaciones entre Egipto y África del Norte, no piensa en un exacto sincronismo, sino en un desnivel cronológico, con perduración en el occidente de formas ya anticuadas en Egipto. A mi modo de ver, la neolitización del occidente africano tuvo lugar entre 3500 y 2500, y fué seguida de un largo período de estancamiento. Es curioso que la cultura de los Faraones influyese en África occidental aparentemente mucho menos que la cultura pre-dinástica. Por las trazas observadas, las regiones líbicas perseveraron en la edad de piedra hasta el fin del segundo milenio. Acentúa Almagro, que sólo la colonización fenicia modificó tal situación, aunque muy lentamente, y en primer lugar en la costa mediterránea. La introducción termina con una breve discusión de los hechos antropológicos. De nuevo se demuestra el estado confuso de la historia racial, divergiendo las teorías de los especialistas en puntos fundamentales, a saber: el mismo esqueleto es negroide según uno, euroipoide según el otro antropólogo. Nos parece mejor no confiar mucho en una ciencia de tales debilidades metodológicas.

El primer capítulo de la segunda parte del libro nos informa sobre la historia y el estado de la investigación prehistórica del Sáhara Español. Empieza con un articulito de un geólogo catalán, N. Font y Sagué, que ya se ocupó en el año 1902 de los concheros de Río de Oro. Sigue la presentación de las estaciones prehistóricas, visitadas y estudiadas por Almagro. Es éste el párrafo más extenso del libro. Se trata exclusivamente de hallazgos al aire libre, es decir superficiales, sin documentación estratigráfica, lo que hace difícil la interpretación científica del material. Almagro, por lo tanto, se impone mucha reserva en cuanto a la cronología y la pertenencia cultural de sus hallazgos y distingue en general solamente dos grupos: paleolíticos y neolíticos.

Parece notable que el número de tipos acheulenses y levaloisenses sea muy escaso, mientras que hay abundancia de estaciones de carácter esbaikio-aterriense. Por la falta casi total de complejos atribuibles a las culturas de lascas del Paleolítico superior (= Miolítico) considero justificado presumir que debemos contar aquí con una perduración del Paleolítico inferior (= Protolítico) que originó un desarrollo epiprotolítico regional y sobrevivió hasta los principios del Neolítico, tal vez aún más.

El material más importante y numeroso que nos ofrece el autor, perte-

nece al Neolítico. Se destacan dos grupos: los concheros de la zona Dráa en la parte septentrional de la costa de la colonia y los yacimientos en las «sebjas» del interior. El autor declara todo el Neolítico de su dominio como siendo una rama del Neolítico sahariano de tradición capsiese, pero cree que ya se pueden vislumbrar ciertas distinciones cronológicas. Las «sebjas» son depresiones, que pueden compararse con las «dolinas» del Garso. Según las ideas del autor son en parte más recientes que los yacimientos arqueológicos. Contienen un material lítico de aspecto antiguo y carecen además de cerámica, que en cambio está por lo general presente en muchos concheros del litoral. Pero también en éstos, la cerámica no se halla de ningún modo en considerables cantidades. Es un tipo de alfarería bastante primitivo, a menudo de barro claro, decorada con rayas y zig-zags que a veces cubren toda la superficie. Las ornamentaciones fueron producidas con punzones; peines, ruedecillas dentadas, cardium y similares instrumentos. Idéntica cerámica tiene una difusión muy grande en el interior del Sáhara. También la típica hacha neolítica es un objeto no usual en este rincón del Sáhara; como la alfarería llega a ser más frecuente hacia el este. Tales observaciones permiten la suposición de que los portadores del Neolítico del Sáhara Español eran solamente cazadores neolitizados, sin conocimiento del cultivo. Según parece, faltan además todos los artefactos que indicarían la preparación de la harina, tan comunes en yacimientos de agricultores. Me sorprende aun otra cosa: los tipos microlíticos y geométricos de origen capsiese son relativamente raros en los inventarios descritos por Almagro. Están ausentes en muchas estaciones y son escasos en los demás. Me pregunto, por ende, si es exacto denominar a esta cultura como Neolítica de tradición capsiese. La gran mayoría de los instrumentos líticos del Sáhara Español poseen un carácter esbaikio-ateriense y aurignaciense, el último a mi parecer debido a una capa de la cultura de lascas del Miolítico, que se difundió paso a paso, desde el Asia anterior a través de Egipto y el Sáhara hasta el Sáhara Español, a donde llegó probablemente con gran atraso, en tiempos neolíticos, o tal vez no llegó nunca. Pues es posible que el «Neolítico» (en realidad un epimiolítico atrasado), que podemos llamar Paraneolítico de esta región, se formase más lejos en el este, en el interior del Sáhara, e invadiese sólo secundariamente el extremo Oeste, incorporándose grupos culturales, sobrevivientes, de tradición protolítica. Sería prematuro querer aclarar hoy estos procesos; podemos solamente hacer consideraciones sobre posibilidades.

En el tercer capítulo despliega Almagro los resultados de su búsqueda de petroglifos, no sin anticipar una breve pero substancial introducción general sobre los problemas del arte rupestre del Norte de África. La datación de estos trabajos sucumbió ante muchas vacilaciones. En general se piensa hoy que el arte rupestre norteafricano es postpaleolítico. Pero hay todavía adversarios de esta teoría, y el más competente conocedor del arte paleolítico, Breuil, se exteriorizó justamente en el último tiempo enérgicamente en favor

de la edad miolítica del grupo más antiguo del arte rupestre sahariano. Sea como fuere, no cabe duda que una parte de los grabados sobre placas del El Asleín Bukerch tiene una semejanza estupenda con las imágenes de animales del Magdaleniense europeo. Se abre aquí un nuevo campo para la investigación del arte naturalista del hombre primitivo.

El tomo se cierra con unas noticias sobre construcciones y enterramientos ante-islámicos en el Sáhara Español. Más frecuentes son únicamente los túmulos sepulcrales de piedra, similares a aquéllos más septentrionales descritos por Frobenius. No estoy de acuerdo con el autor en que se deriven de las grandes tumbas del período romano de Argelia, pues es evidente — y esa fué también la opinión de Frobenius — que, al revés, los sepulcros monumentales de los reyes nómadas son el resultado de un desarrollo artístico de las «bassinás» primitivas, que podemos retrotraer hasta el tiempo neolítico. Aludo a mi reseña detenida sobre el trabajo de Frobenius en *Mitteilugen der Anthropologischen Gesellschaft in Wien*, XLVII, 1917, página 154. El túmulo de piedra es una apariencia muy común en toda el África septentrional y oriental y tiene sin duda una antigüedad muy remota. Compárese también mi *Weltgeschichte der Steinzeit*, página 362.

Estas modernas observaciones permiten ver qué rico material acarrea y cuántas nuevas perspectivas y sugerencias inaugura el libro de Almagro. Esperemos que los colegas españoles puedan continuar y profundizar sus exploraciones en región tan lejana, pues no hay parte alguna de esa tierra que no derrame luz sobre todas las otras, si la ilumina la antorcha de la ciencia.